

Suplemento á la PROTESTA



11 NOVIEMBRE

!CHICAGO!

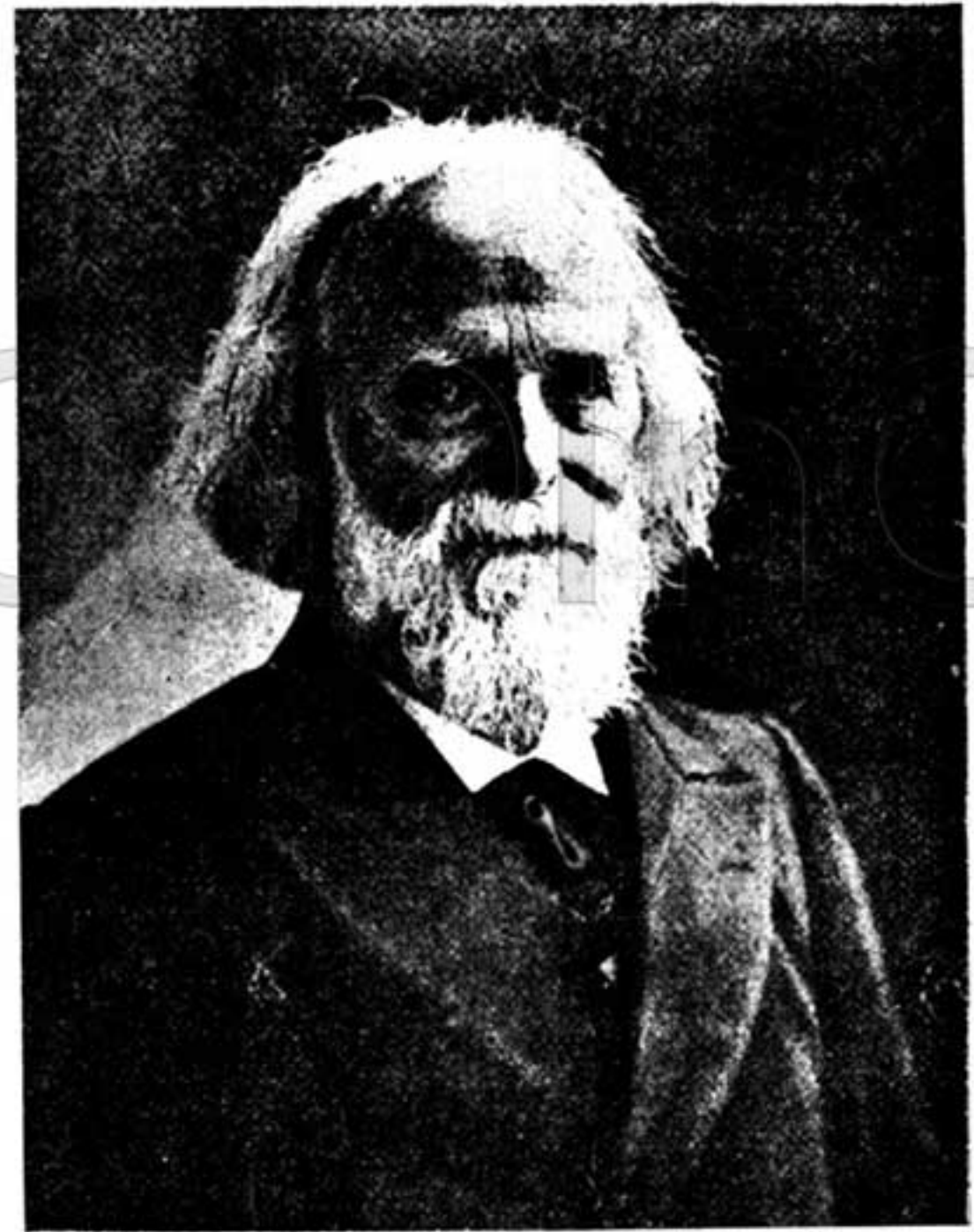
J. S. ...

SUPLEMENTO DE "LA PROTESTA"

Año I.

Buenos Aires. Noviembre de 1908.

Número 7



ELISEO RECLUS

Luz de tragedia

¡Once de Noviembre!

Han pasado veintiún años desde que las horcas, en Chicago, hablaron un lenguaje extraño é irradiaron por todos los ámbitos de la vida humana una luz nueva: la luz de la anarquía.

Esa luz, en ninguna otra parte ha sido más viva, más sublime, ni ha tenido más potencia que en Chicago, al alumbrar desde las horcas, irradiándose envuelta en la tragedia, al través de la sangre y del dolor.

No hay que extrañarlo. Siempre sucedió igual. El paso que por primera vez se da en una dirección nueva, trae siempre tras sí una gran tragedia. Y los protagonistas de ella, son siempre aquellas fuertes y grandes almas que por primera vez lo dan.

Las épocas, ya se sabe, son primero abiertas por el pensamiento. Perforando con su luz las sombras de lo ignoto, él las concibe y les da forma. Luego viene la voluntad que forcejea por vaciar la vida en aquella forma nueva que el pensamiento vió: Y entonces aparece la tragedia. Sangre y dolor; tal es el gran sello cuya huella horrible imprime definitivamente una orientación nueva á la vida humana.

El pensamiento en su forma pura no es más que luz. Alumbrá, pero no calienta; no tiene la virtud de penetrar adentro, en las fibras recónditas de la vida humana, conmoviéndolas hondamente, en profundos estertores producidos por grandes anhelos. Otra cosa sucede cuando el pensamiento, abandonando su forma pura, se amasa en sangre y en dolor, cuando se convierte en tragedia. Entonces, al propio tiempo que alumbrá, empuja por el sendero que señala. La luz de la tragedia, esa luz que se irradia envuelta en sangre y en dolor, es una luz que tiene fuerza impulsora.

Por eso, el pensamiento cristiano ha tenido la virtud de ir modelando el alma humana largo siglo tras largo siglo. Y es que ese pensamiento se irradió desde la cruz; fué empujado por la tragedia, y la

tragedia dió á su luz un brillo fascinador y una potencia enorme. ¡Ah, con qué fuerza habla al alma entera la luz de la tragedia!

En todas las ideas, lo importante está en eso, en que tengan suficiente fuerza para llevar á los mejores hombres hasta la tragedia; en que tengan la virtud de despertar en las selectas almas un ansia tan grande de vida hermosa, plena é intensa, que por conquistarla vayan hasta la muerte, hasta la negación misma de la vida, tal como aquellos esclavos libertados que fueron á la muerte antes que volver á la esclavitud.

Y la anarquía, como todas las ideas grandes, ha tenido esa primera y gran virtud. Al irradiar su luz sobre una vida sombría y mala, un ansia poderosa de vida mejor se agitó en las entrañas de los mejores hombres. Fué necesario, para ir en pos de esa vida mejor, llegar á las horcas; y ellos llegaron. Cayeron, pero no fueron vencidos. Su triunfo les costó la vida; ellos dieron la vida por no tener que avergonzarse de la derrota. ¡Y qué profundo respeto inspiran esas vidas que han tenido fuerza suficiente para perseguir el triunfo aun al través de la muerte!

El pasado, aun aquello que tiene de mejor, no hay que festejarlo ni hay que conmemorarlo; cuando puede servir de ejemplo y de modelo eterno para todas las situaciones grandes, hay que recordarlo, simplemente.

Nosotros debemos recordar aquella tragedia de Chicago para nutrirnos con su luz. Debemos de contemplar, aunque no sea más que por un momento aquellas cinco figuras colgadas de las horcas serenamente, para templar nuestro ánimo en su ejemplo. Luego, cuando tengamos que atravesar por la molestia ó por el dolor, y vacilemos, recordarlas nuevamente, y no olvidar que ellos fueron hasta la muerte.

«¡Martires!»—clamó por ahí desdeñosamente un individualismo que no es más que un grito de protesta, el postrer grito de protesta de la animalidad del hombre.

No, no fueron mártires; fueron fuertes solamente. Mientras las multitudes retroceden espantadas ante el camino de

dolor que hay que recorrer para conquistar la libertad, ellos han sabido dar un ejemplo, colocándose, voluntarios y serenos, en el puesto más difícil. Pueden servir de modelo á todos los pueblos y á cada hombre.

¿Hay otra grandeza más allá de ésta?

MÁXIMO ARACEMI.

PELIGRO DE LAS DEFECCIONES

Se ha hecho una doctrina de la consecuencia. Y se la ha sublimizado de tal manera que el inconsecuente es calificado con dureza y con los epítetos más denigrantes.

El temor al dieterio ha mantenido á muchos hombres en el campo de ideas en que empezaron á actuar, haciendo que simulen pensar hoy como pensaron ayer y aunque en realidad se hayan convencido de que era erróneo lo que antes sustentaban.

Como todo exceso, toda traba, toda coartación, esta ley moral ha sido, y es, creadora de activa reacción en su contra. Espíritus íntegros se han sublevado contra ella y han afirmado valientemente sus nuevas convicciones, combatido sus creencias anteriores, demostrado en donde estaba el por ellos considerado error y como de él se habían apercibido.

Y malgrado los sectarios y dogmáticos les hayan asaetado con sus diatribas y atribuído el cambio á causas de muy distinto orden que el convencimiento de haber conseguido una para ellos nueva verdad, los espíritus fuertes se han impuesto y han seguido impertérritos su nuevo camino, hayan ó no arrastrado ó convencido á otros.

La intransigencia dogmática no siempre se ha contentado con zaherir y vilipendiar. Ha también condenado á muerte al que se manifestó contrario á la creencia corriente, á la que él mismo sostuviera antes. La inutilidad del castigo, su falta de potencia ejemplarizadora y hasta de simple barrera de contención para los nuevos disidentes cuyo número se ha multiplicado sin cesar, ha hecho decaer las brutales prácticas penales en casi todos los casos. En casi todos, porque aun

el renegar de la idea de patria es castigado, así como lo es el antimilitarismo y lo son otras concepciones modernas, en gran parte del mundo.

Queda pues en el orden general, únicamente la desconceptuación del disidente y el vituperio de los dogmáticos.

La libertad alcanzada en este terreno, esta condescendencia con que se empiezan á mirar los cambios del modo de pensar de los hombres, ha traído una consecuencia hasta cierto punto perniciososa.

En efecto: No todos cambian porque en realidad se haya producido alguna transformación interior en su pensamiento. Muchos, tal vez la mayor parte de los que defecionan del campo de sus ideas, no lo hacen porque hayan encontrado otra nueva verdad, desubierto el error en que estaban, sino porque una conveniencia particular, muy personal, les ha incitado á dejar de lado su modo de pensar para beneficiarse individualmente.

Sutilizando un tanto podría decirse que esos tales han cambiado efectivamente en su interior, al separarse de sus ideas de ayer, convenciéndose de que la única verdad reside en el individuo, en su propio bienestar, y que en consecuencia al ir tras su particular conveniencia obraban de acuerdo con su pensamiento más íntimo. Pero como es raro que algunos de éstos lo declare así; como siempre encubren su defección con propósitos de beneficio general, no cabe admitir hayan cambiado en su interior. Podría más bien decirse que nunca tuvieron otro modo de pensar y que todas las ideas que han invocadas—las de ayer y las siguientes—no son más que caretas para simular su apetito personal, su individual ambición.

Todas las ideas de los hombres responden indudablemente á un propósito de bienestar individual.

Y ora el que sustenta una idea cualquiera vaya francamente tras de alcanzar con ella un mejoramiento individual en el mejoramiento general que preconiza y sin el cual considera inseguro ó imposible el suyo particular, ora se inspire solamente en el bienestar material de los demás para satisfacer así su ansia moral de placer, de un placer que se amarga con la visión del malestar de los demás,

todos en suma buscan un provecho material ó moral ó de ambas clases á la vez.

La cuestión no está pues en la persecución del propio bien de un modo ó de otro. Se trata de una cuestión de sinceridad únicamente.

Y esta insinceridad de los que defecionan de sus ideas, adoptando otras mediante una simulación grosera, aun sabiendo que son erróneas, que no destruyen la verdad de las apartadas, aparentemente, exteriormente, de sí, es lo que es combatible, censurable, repugnante.

Esta insinceridad es peligrosa, perjudicial. Por lo común cada individuo que defeciona de un núcleo cualquiera de ideas, mediante una simulación, arrastra consigo á otros hombres que seguramente no le seguirían si supieran que él buscaba solamente su personal interés. Lo mismo puede decirse de aquellos que aun sin apartarse ostensiblemente de las ideas que profesan ó dicen profesar, tergiversan éstas, las transforman poco á poco, haciendo que al fin bajo el nombre primitivo se cobijen en realidad otras muy distintas.

De ambos modos resultan engañados los que siguen á los tales, y perjudicado el progreso de unas ideas que sean cuales sean—y acertada ó erróneamente—tenden al beneficio material y moral de los que las profesan.

En el socialismo es en donde ocurren con más frecuencia estas dos cosas. Unos socialistas se pasan á otro campo con sus secuaces. Otros transforman la idea primitiva—conservándola pura en el nombre—á su paladar ó conveniencia personal.

Así no es extraño que en unos países fraternicen en los ministerios con sus adversarios más odiados, en tanto que en otros la doctrina revolucionaria y comunista de antaño, se convierte en puerilmente reformista, en apéndice de las ideas conservadoras y estatales. (1).

Únicamente en el campo anárquico, las defecciones son inocuas. Salvo un pequeño influjo moral, el malestar consiguiente, el desaliente momentáneo, las

(1) El caso de Ferri es un ejemplo típico de adueltación de las ideas socialistas, de adaptación al medio burgués, de individualismo con disfraz.

defecciones no producen mayor daño. El que se va, se va solo. Y las ideas siguen lo mismo, sin que sea posible adaptarlas, transformarlas, dañarlas en forma alguna.

Es la superioridad del anarquismo tan evidente, que hasta en este caso hechase de ver.

El sindicalismo, novedad de nombre, nos da una prueba palmaria de lo que decimos. Por un momento ha parecido iba á absorber al anarquismo, á transformarlo. Pero pronto la reacción se ha operado y los anarquistas ingresados en el sindicalismo ó no han conseguido arrastrar á nadie con ellos ó han reaccionado prontamente y á la supuesta nueva doctrina han sobrepuesto sus viejas teorías pasando á considerar el sindicato como lo que es en realidad, como lo que ha sido antes de adoptar ese nombre: un organismo de lucha y un medio de propaganda.

La superioridad del anarquismo reside en que no es un dogma, ni un partido. Los anarquistas ni son creyentes, ni soldados disciplinados. Son ante todo convencidos.

Un anarquista, lo es por sí mismo en primer lugar, y no porque tal ó cual se lo diga ó le invite á serlo.

Podrá no tener facilidad para explicar sus ideas, pero tiene ideas y las conoce. Y no cuenta para el triunfo de ellas con la acción de Juan ó Pedro, sino, con su esfuerzo personal asociado al de los que como él piensan.

Los partidos confían en el jefe ó los jefes. He ahí el peligro que para ellos entrañan las defecciones y la causa de su inferioridad respecto al anarquismo.

El mismo sindicalismo—el sindicalismo propiamente dicho—lleva en sí idéntico peligro. Es muy disciplinado. Agrupa hombres con un deseo idéntico pero sin convicciones, sin ideas propias, sin conocimiento. Y como los pregoneros del sindicalismo se oponen resueltamente á toda propaganda de ideas, fácilmente los sindicatos pueden ser conducidos á donde sus hombres de prestigio quieran, con sólo que les digan que el deseo común puede alcanzarse de tal ó cual manera. El sindicalismo es una puerta abierta para ir al parlamento y á todas las trans-

formaciones y claudicaciones que han desvirtuado al socialismo. (2)

La defección de un sindicalista originará escisiones en los sindicatos, ni mas ni menos que como ocurre en los partidos socialistas y en todos en general.

En el anarquismo, con su prédica antiautoritaria, no caben entronizamientos, ni menos aun que al defecionar un anarquista se vayan tras él otros anarquistas.

Los que se van, lo hacen solos y solos se quedan.

EDUARDO G. GILIMÓN.

(1) Ya hay en Italia candidatos sindicalistas á diputados.

LA VOZ DE LAS HORCAS

Al transcurrir de los años se nos presenta cada vez con más odio la jornada trágica en que fueron ajusticiados aquellos cinco valientes luchadores, que altaneros hasta al pié del cadalso, supieron lanzar su bravo anatema á los impostores de todos los tiempos.

Es preciso recordar esta fecha, en que aquellos rebeldes sacrificaron sus vidas, impulsados por el rencor que en ellos engendraba el ver á las multitudes laboriosas cruelmente explotadas por los ensoberbecidos burgueses, que con el apoyo del estado, estrujaban con saña increíble á las indefensas huestes del trabajo.

Al recordar esta fecha no levantamos ídolos.

La recordamos como una vergüenza que repercute cada vez más, como un fantasma de afiladas garras que se clava en los rostros de los salvajes, que valiéndose de la ignorancia del pueblo, le han usurpado á este hasta el derecho de la Vida.

La recordamos como un bochorno á los sucesores de los tiranos de Chicago, que se ostentan tanto allí como aquí, como en todas partes donde hay explotadores sedientos de oro, donde hay tartufos que arrastran sables, donde hay imbéciles que se cruzan bandas, donde hay degenerados que se ciñen cetros.

La cadena de esclavos del salario, continúa aún bajo el despotismo de estos prepotentes inútiles.

Y, á esta cadena de esclavos que soportan el peso de todas las infamias, á éstos, hacémosles presente hoy, recuerden á aquellos entusiastas luchadores que con tanto aplomo supieron rebelarse, sin que la burguesía pudiera apagar sus viriles protestas ni al pie de las horcas.

A esto venimos. A decirles á los esclavos que recuerden á los que sacrificaron su vida por la liberación de la humanidad, y, que prosigan la obra grande por aquellos rebeldes emprendida.

Aquella sangre que manchó á Chicago, debe ser lavada con sangre; pero con sangre de tiranos.

No puede haber compasión para una récua canallesca que aún continúa su criminal odisea.

Hoy, los ajusticiados de Chicago, sus compañeras, sus inocentes hijos, se presentan á nuestro pensamiento como sombras espectrales invocando venganza.

Aquellos cuerpos, que el 11 de Noviembre de 1887 se balancearon exánimes en las horcas, hoy se balancean también en los pensamientos proletarios como gloriosos ladajos en las campanas de la idea libertadora.

¡Meditad legiones oprimidas!

Proseguid la obra magna de aquellos hombres, que sintiendo la necesidad de rebeldía, se rebelaron, y fuertes ante el mal, antes que ceder sucumbieron.

¡Rebelaos cuál ellos!

No os sometáis á los tiranos de hoy que son los de ayer.

¿Habrá ser humano que no se indigne al recordar la ejecución de aquellos hombres que no cometieron más delito que el pedir lo que se les usurpaba?

Las siluetas de los mártires resurgen. Resurgen como sombras gallardas que convocan á las huestes oprimidas al somaten de la venganza.

Sangre de inocentes ha manchado la tierra desde Chicago al Tandil.

Ya se lavará con sangre de tiranos.

¡Bajad la frente, déspotas, que las horcas hablan!

Su grito, es grito de Redención.

RICARDO CARRERCA.

Hay que decirle al niño lo menos posible y en cambio, inducirlo á que él mismo descubra lo más posible.—HERBERT SPENCER.

EL PROCESO DE UNA VIDA

Así habló mi amigo:

—A veces en la soledad de mi cuarto, cuando reposo las horas de mi existencia, desde que la razón me permitió medir la intensidad del dolor, hasta hoy, el negro presente, siento una nostalgia tan grande, tan inmensa, tan avasalladora, que mi cerebro paraliza su regular función y desaparece todo sentimiento, absorbido por un deseo inmenso de anularme, por una sed loca de descanso, pero descanso absoluto, tal vez el descanso de la fosa.

Hay momentos que este deseo es tan grande é irresistible, que instintivamente mi mano acaricia el caño del revólver.

Pero soy cobarde; ¿te extraña mi confesión? soy cobarde, ó tal vez me equivoque, tal vez no es cobardía; tal vez contiene mi mano el odio, un odio también inmenso que llena mi vida: la venganza... ¡Oh, la venganza!...

¿Conoces mi vida? No... Pues bien escucha, seré breve, conciso porque no tengo ningún derecho de atormentarte con el relato de mis tristezas.

Hace tiempo, mucho tiempo, tanto que ya se borró de mi memoria, quedé, solo, sin padres, sin hermanos... hace tanto tiempo que muchas veces me he preguntado si alguna vez los he tenido; no recuerdo los besos de mi madre y no podría asegurar si alguna vez fué arrullado mi sueño con esos cantos ingenuos con que los madres arrullan el sueño de sus hijos.

No he comprendido con exactitud todo el valor de lo que me ha faltado hasta mucho tiempo después, cuando he tenido hijos y los he visto mecer en las rodillas maternas. Y, naturalmente, con este descubrimiento aumentó mi tristeza; hubiese querido ser niño y tener una falda donde dormir... Prosigo:

Me crié en la calle; lustré botines; vendí periódicos y muchas veces y sin saber cómo, salí ileso de entre las patas de los caballos que me parecían monstruos por lo grandes, ó de entre las ruedas de coches que se me imaginaban troncos de alguna hada, porque mi cerebro no alcanzaba á comprender que aquellas señoras vestidas de sedas y encajes fuesen de la misma materia que el andrajoso diariero, carne de comisaría.

Y fui pasando los años primeros de mi vida, huyendo de la muerte, durmiendo en los umbrales de suntuosos palacios, moradas encantadas, según el razonar de mi cerebro, comiendo sobras, y recibiendo puntapiés y bofetadas, hasta que un hombre, un buen hombre, casi un colega, pues él escribía los periódicos que yo vendía, se fijó en mí y se empeñó en hacerme hombre; me hizo sirviente en la redacción del diario donde él escribía y me enseñó á leer y escribir. ¡No comprendió mi buen amigo que lo que hacía era darme á conocer toda la inmensidad de mi tristeza!

El día que pude deletrear la primera palabra fué el día primero de mi desgracia. Mi cerebro dormido hasta entonces, se despertó á la vida, y, con el razonamiento, esa maldita curiosidad de investigar el por qué y cómo de las cosas, aprendí á medir en su justo valor las grandezas y las miserias, las alegrías y las tristezas de los hombres.

Mi carácter, de alegre se transformó en taciturno; mi jovialidad y mi locuacidad desaparecieron para dejar un sitio que llenó la melancolía y el retraimiento.

Ese cambio lo atribuyó el bueno de mi protector al despertar de la inteligencia, que se propuso cultivar con el empeño de hacer de mí una gran cosa: un filósofo, un pensador, un sabio...

A medida que el estudio iba dándome un concepto más amplio de la vida, más sentía la inmensidad de mi dolor.

Jamás una alegría; nunca mi oído fué acariciado por el susurro de unos labios amorosos; solo, solo siempre, cuando todo me hablaba de alegría. El estudio entenebreció mi espíritu; mi carácter se formaba en un ambiente asaz frío y negro. Cuando correteaba por las calles pregando los diarios del día, era más feliz porque la comparación no había establecido en mi cerebro el verdadero valor de las cosas; pero entonces sí, ya comprendí que la vida tenía por objeto el goce y la alegría y que las desigualdades que veía á mi alrededor eran producto de seculares errores.

Tuve sed de amor, hambre de dicha... Pero quiero librarte de una larga é inútil descripción de ese período de mi vida; reasumiré.

Tuve hambre y sed de amor, y busqué á la mujer. A mi primer triunfo literario correspondió mi primer día de amplia felicidad. Fui amado.

Aquí sigue un breve período de inconsciencia durante el que fui feliz; pero fué sólo un sueño: el despertar fué terrible.

Me había remontado en alas de la ilusión hasta el séptimo cielo; vagaba por el florido país de la dicha sin preocupación ni temor; no veía ahondarse á mis pies el abismo que debía engullirme.

Disculpa, ya termino.

Perdí el amor; otro galán más gentil ó más rico que yo, ocupó mi puesto en el corazón de aquella mujer; y un día, no sé cómo, porque nunca he podido explicarme golpe tan rápido, me encontré en las sombras: ¡todo había desaparecido!...

Me llaman borracho; alguien pretende moralizarme y me aburre con largos discursos amenazándome con un mañana muy triste, en la cama de un hospital, en la celda de un manicomio ó en el fondo de una cárcel; otros me halagan, hablan de mi inteligencia y de un porvenir de gloria, como si pudiera importarme algo de todo eso.

¿Qué me importa la vida sin un amor, sin una alegría, sin una dicha?

¿Puedo ser amado y amar aun? Es que no lo quiero y no puedo ya: ¡estoy muerto!

Y mi amigo terminó apurando de un sorbo el décimo vaso de ajenjo.

MARIO THEMIS.

APUNTES BIOGRÁFICOS DE M. BAKOUNINE

POR MAX NETLAN

(Continuación)

Tanto su temperamento como su vasta cultura filosófica contribuyeron á que quedara adicto á la causa de la libertad y de la revolución, y bien pronto se separó de los círculos estrictamente comunistas obreros de Weitling, Augusto Becker y otros—si alguna vez perteneció de veras;—como también no le impresionaron las ideas de Cabet y de Marx. Solo demostró simpatía por Prudhon haciendo excepción de sus ideas filosóficas.

En fin, se puede muy bien afirmar que después de haber repudiado el hegelianismo conservador que profesó durante los años 1837—40, Miguel Bakounine se volvió siempre más positivo, sin necesidad de tener que creer en los paliativos y en los enjuagues legalitarios, modelando diariamente el pensamiento según las opiniones ya conocidas por el lector.

Varios artículos anónimos de Bakounine sobre «Comunismo» aparecieron en el «Republicano Suizo» (Zurich 2-6-13 junio 1843.)

Cuando se produjo el arresto (en la noche del 8-9 junio) en Zurich de Weitling, Bakounine tuvo que abandonar precipitadamente la ciudad, por haberlo denunciado abiertamente el famoso Bluntschi con la publicación de las cartas de Weitling, en donde figuraba su nombre; hasta el embajador ruso residente en Berna pidió informaciones de él al gobierno de Zurich (24 de Julio). Siendo la primera vez que las persecuciones oficiales se hicieran sentir sobre la personalidad de Bakounine.

Se dirigió entonces á Promeunthou, cerca de Nyon, sobre el lago de Ginebra, en donde conoció y trató al prófugo italiano Pescantini; y por consiguiente visitó las ciudades de Ginebra y Lucerna en donde mantuvo relaciones con los comunistas alemanes y con los partidarios de la «Joven Alemania.» En ese lapso de tiempo hizo una excursión sobre los Alpes junto con Reichel y Augusto Becker (Chamounis, el valle del Rhin, Gern, Meysingen, Grimsel etc.); y desde Nyon se trasladó á Berna para pasar el invierno, tratando aquí muy de cerca á la familia Vogt emparentada con Follen.

En Febrero de 1844 Bakounine fué citado por la embajada rusa en Berna la cual exigía de él, por orden recibida, su inmediato retorno á Rusia; pero él prefirió dejar Suiza, y en efecto partió para Bruselas hacia la mitad de Febrero.

En Bruselas conoció algunos polacos, entre ellos Lelewel, y volvió á ver también algunos conocidos rusos de pasaje para París, donde él mismo fué más tarde, en Mayo, por primera vez, volviendo después en Julio con Reichel para quedar definitivamente los dos. En los años siguientes, Bakounine frecuentó los más

diferentes círculos liberales y progresistas de París, conservando siempre su propia independencia. Donde se encontraba más á gusto era en el estrecho círculo de hombres que sustentaban los verdaderos principios liberales del cual formaba parte Herwegh y su esposa, Proudhon, y más tarde, Herzen, su amigo Reichel y otros.

Conoció también el grupo *Vorwärts* (París, 1844), pero cuanto más llegaba á conocer la naturaleza de los franceses más se apartaba de los alemanes, con excepción de sus amigos personales.

La índole pusilánime de Ruge, quien ya decaía y el odioso carácter que en Carlos Marx obscurecía sus brillantes cualidades de la inteligencia, convencieronle que la causa de la revolución no tenía nada que esperar de ese círculo de filisteos y pedantes. Yo no nombro todos los franceses conocidos por Bakounine, cada uno de los cuales se forjaba un sistema de socialismo á su modo; bastará citar á Proudhon cuya relación con Miguel Bakounine ofrece el más grande interés. Una vez, por ejemplo, los dos tuvieron una discusión que duró toda una noche.

En ese tiempo muchos de sus amigos rusos fueron á París y se encontraron junto con él; en 1847 llegó también Herzen, y más tarde Belinski, enfermo gravemente.

Bakounine no escribió en aquel período de tiempo mucho para la prensa; solo insertó una carta en la *Reforma*, cuando al finalizar el año 1844 fué condenado en Rusia á la privación de todo derecho, á la confiscación de todos sus bienes y á la deportación, durante toda su vida, en Siberia.

Esta fué la primera vez que él se pronunció públicamente sobre las condiciones de Rusia, lo que hizo también con otra carta al *Constitutionnel* (19 Marzo 1846) acerca de los escándalos rusos en Polonia.

En Octubre de 1844 escribió sobre una *Exposición y dilucidación de las ideas de Feuerbach* (en francés) que jamás fué publicada.

Estos años fueron muy interesantes é instructivos para él, los cuales, empero, lo agobiaron un poco, porque la tan deseada y con seguridad esperada revolución no se decidía nunca á estallar.

Bakounine quiso entonces provocarla él mismo, dando su notable conferencia en la reunión de los Polacos del 29 de Noviembre de 1847, exponiéndose la primera vez en público, y arrojando al rostro de la Rusia oficial todas sus vergüenzas y sus miserias. Como consecuencia de esa conferencia fué el decreto de expulsión que el ministro conde Duchätel, instigado por la embajada rusa quiso exacerbar con infames ofensas, y á la que Bakounine supo contestar como se merecía (*Reforme*, 11-2-1848).

Volvió entonces á Bruselas, en donde frecuentó los círculos polacos y también vió el de Marx, dejándole, este último, en su alma, una desagradable impresión. Habló además en una reunión del 14 de Febrero de 1848.

Aquí ciertamente no hubiera podido entretenerse largo tiempo por cuanto había ya resuelto partir para Londres, pero la noticia de la revolución parisiense de Febrero le hizo volver de nuevo á París. Las primeras impresiones recibidas de esa nueva revolución, las expuso en un artículo publicado entonces en el periódico la *Reforme*. Al fin, la Revolución, por él tan deseada y esperada, había estallado.

Los proyectos de Bakounine y su actividad desplegada en los años 1848 y 49 serán aquí fugazmente descriptos, porque yo he publicado un resumen detallado en *Sozialistische Monatshefte* (Berlín) de 1898.

Fué entonces cuando se convenció de que la verdadera revolución no consistía ya en las momentáneas victorias de Febrero y Marzo, que ella aún debía estallar, y estallaríase seguramente si la reacción, que tan pronto había empezado, no hubiera quitado toda conquista obtenida. El comprendió que esto no podía abatirse, que mediante la alianza de los diferentes partidos democráticos de todas las naciones, alianza que justamente la reacción—con suscitarse los odios nacionales—buscaba impedir. El consideró como un mandato suyo personal, el de empujar los esclavos, de modo que su esclavitud sería un factor de una revolución europea, y no instrumentos de la reacción, cuales fueron despues bajo la influencia de los odios nacionales.

Esta misión que se impuso el mismo

era asaz difícil: le faltaba todo apoyo; él debía procurarse, por sí solo, los medios necesarios para su empresa, y por todas partes él fué, para los democráticos, salvo algunas excepciones, de mucho estorbo, pues les impedía abandonarse completamente al eterno reposo.

Por tanto su actividad produjo más proyectos y ensayos que resultados prácticos, mientras todavía él fué una de aquellas pocas personas que desde el primer momento se hicieron un concepto exacto de aquel período histórico que fué el cuarenta y ocho, y que se elevaron por encima de las ilusiones y de los errores de las masas. Después de haber pasado algunas semanas felices en París, en el entusiasmo de las jornadas de Marzo, cuando se gritaba por todas partes el triunfo de la Revolución, él, en los principios de Abril, dejaba París, algo desengañado; y con la intención de participar en la esperada revolución polaca que había hecho lo posible para extenderla hasta Rusia.

(Continuará.)

FRAGMENTOS

(DEL LIBRO L'IMPUISSANCE D'HERCULE, DE G. PLOCH)

(*Jupila, tipógrafo de oficio, actuó como campeón en las luchas de «music-hall», deja este oficio en vista de las trampas que exigen de él y las cuales repugnan á su carácter ingenuamente recto; anda por las calles de París en busca de trabajo, siguiendo el capricho de sus pensamientos.*)

Jupila continúa vagando por la ciudad. Sus pensamientos le entretienen todavía. Su indulgencia se ha ido. Ahora, aunque todavía se inclinaban hacia la ironía, sugieren al antiguo atleta, que los resiste con gran esfuerzo, designios inciviles que no podría cumplir sino pisando un poco sobre los pies de todo el mundo.

Le dicen: «Mira este cura que pasa: deberías ir á preguntarle si no se extraña un poco, cuando despacha su misa, de ver un montón de hombres de rodillas, delante de él porque está vestido de mujer... Y este oficial que dos soldados saludan, los cuales se verían en gran apuro si tuvieran que decir su nombre y tal vez hasta designar su grado. Allí tienes un

tipo del cual te sería precioso, yo lo creo, conocer su opinión sobre la inteligencia y la dignidad humana...»

Sus pensamientos tolerarían que «limpiase» un guardián del orden público, el cual delante de Jupila sorprendido, intima orden de circular á unas cincuenta personas agrupadas al rededor de un camelotero; las cuales, por otra parte, le obedecen inmediatamente.

Entretanto, se para á la salida de un teatro, todo blanco de luz eléctrica; sus pensamientos tanto le incomodan que al fin cede á la sugestión.

Una señora que difícilmente se mueve por su aderezo, acaba de salir de un coche particular; un individuo joven y pequeño le alarga la mano para ayudarla, mientras la portezuela del coche ha sido abierta por un hombre viejo muy encorvado; Jupila se acerca y saluda...

—Dispense, señora, ¿no se extraña Vd. un poco de ver á este anciano servirle de mucamo?

La señora retrocede aprestándose para despreciar.

—Pero...

—Sin duda Vd. me contestará que no podría ser el padre de Vd. ya que nunca supo hacer otra cosa que trabajar. Sin embargo yo...

El señor, el cual desde un principio quedó estupefacto, interviene, muy arrogante, y la voz temblorosa:

—¿Qué le pasa á Vd.? ¿Quiere que yo vaya á buscar un agente?

Y Jupila le propone cortesmente:

—¿Y quiere Vd. que yo le rompa el bautismo? Me parece que tengo el derecho de instruirme.

El señor, sofocado, se endereza, y el viejo, más indignado todavía se emociona. Pero la señora se interpone; ya se amontonan los desocupados. Arrastra á su compañero que se apacigua y se deja conducir con cierta facilidad.

—Venga Vd., mi amigo, ¿no ve que este hombre está borracho?

Ahora Jupila está solo delante del anciano que le invectiva.

—¿De qué se ocupa Vd.? Si á mí me place abrir portezuelas! ¿acaso le impido yo ganarse la vida?... Sin saber lo que Vd. hace yo estoy seguro que mi oficio es más limpio que el suyo.

—No te sulfures, anciano. ¿Cuánto te habrían dado tus señores?

—¿Qué le importa á Vd.?

—Dí no más.

—Yo no sé... Dos centavos, sin duda.

—¡Aquí tienes seis, ilota!... Y apúrate que veo venir un caballo que te trae gente que tiene necesidad que te *aplastes*...

FILOSOFÍA DE UN SALVAJE

El jefe *Comoro* (el León) era uno de los salvajes más inteligentes y de mejor sentido común que yo he conocido en estos países y la tribu respetaba más sus órdenes que las de su hermano *Moy* á pesar de ser este último superior en rango.

Un día, así que concluyó la usual danza funeral, envié por *Comoro*, y por medio de mis dos jóvenes intérpretes, tuve una larga conversación con él á propósito de las costumbres de su país.

Yo deseaba llegar, si era posible, al origen de la extraordinaria costumbre de exhumar los cadáveres después de haberlos enterrado, pues yo imaginaba que en este acto podía encontrarse alguna idea de la creencia en la resurrección.

Comoro era, como toda su gente, estremadamente alto. Al entrar en mi tienda tomó asiento en el suelo; los *Latukas* no usan sillas como las otras tribus blancas del Nilo. Comencé mi conversación, felicitándolo por la perfección de sus mujeres y sus hijos en la danza, y á él mismo por su propia agilidad en la ejecución de dicho acto; además le pregunté por quién se celebraba la ceremonia.

Me contestó que por un hombre que había sido muerto recientemente, pero no de ninguna importancia; la misma ceremonia se observaba para todas las personas, sin distinción.

Le pregunté por qué á los sacrificados en la batalla se les dejaba sin enterrar, á lo que él dijo que esta había sido siempre la costumbre, pero que no podía explicar el porqué.

—Pero, le repliqué, ¿por qué perturbaban ustedes los huesos de los que ya han sido enterrados, exponiéndolos á la vista de todo el mundo?

—Esta es una costumbre de nuestros antepasados, contestó, luego hemos continuado observándola.

—¿No creen ustedes en una futura existencia después de la muerte? ¿No hay alguna idea expresada en el acto de exhumar los huesos después de destruida la carne?

—¿Existencia después de la muerte? ¿Cómo puede ser eso? ¿Puede acaso un muerto levantarse de su tumba á menos de que Vd. lo saque?

—¿Vd. cree que el hombre es semejante á las bestias, muere y concluye?

—Ciertamente; un buey es más fuerte que un hombre, pero muere, y sus huesos duran más tiempo; son más grandes. Los huesos del hombre se deshacen muy ligero, es débil.

—¿No es el hombre superior en inteligencia á un buey? ¿No tiene él un pensamiento que dirige sus acciones?

—Algunos hombres son tan inteligentes como un buey. El hombre debe sembrar el maíz para obtener alimento, pero el buey y los animales salvajes pueden procurárselo sin cultivarlo.

—¿Vd. no sabe que además de la carne hay un espíritu dentro de Ud? ¿No sueña y viaja Ud. en pensamiento, á lugares distantes durante su sueño? No obstante, su cuerpo permanece en un lugar. ¿Cómo se explica Vd. esto?

Comoro (riendo).—Bien, ¿cómo se explica usted esto? Es una cosa que no puedo comprender, me ocurre todas las noches.

—El espíritu es independiente del cuerpo; el cuerpo actual puede ser encadenado; pero el espíritu es soberano; el cuerpo morirá y se convertirá en polvo, ó será devorado por los buitres, pero el espíritu existirá siempre.

—¿Dónde vive el espíritu?

—¿Dónde vive el fuego? ¿No puede Vd. producir fuego frotando juntos dos palillos? no obstante, Vd. no ve el fuego en la madera. ¿No tiene, ese fuego que permanece latente y sin ser visto, poder para consumir todo el país? Cual es más fuerte, ¿el palillo que primero produce el fuego, ó el fuego mismo? De ese modo, es el espíritu el elemento en el cuerpo, como el elemento del fuego existe en el bolillo; siendo el elemento superior á la sustancia.

Comoro.—¡Ja! ¿Puede Vd. explicar lo que frecuentemente vemos durante las noches cuando estamos perdidos en la espesura? Yo mismo me he perdido y he vagado en la oscuridad, he visto un fuego distante; al aproximarme, el fuego se ha desvanecido y he sido incapaz de encontrar ni la causa ni el lugar.

—¿No tiene Vd. una idea de espíritus superiores al hombre ó á las bestias? ¿No tiene Vd. miedo del mal, excepto del proveniente de causas materiales?

—Yo temo á los elefantes y otros animales en el bosque durante la noche, pero á ninguna otra cosa.

—¿Entonces Vd. no cree en nada, ni en un buen ni en un mal espíritu? ¿Y cree que cuando muere terminan su cuerpo y su espíritu; que es Vd. semejante á otros animales; y que no hay distinción entre hombre y bestia; ambos desaparecen y concluyen con la muerte?

—Desde luego.

—¿No ve Vd. diferencia entre buenas y malas acciones?

—Sí, hay buenas y malas en hombres y bestias.

—¿Vd. cree que hombres buenos y malos deben seguir la misma suerte y tener igual muerte y fin?

—Sí, ¿y qué otra cosa pueden hacer? ¿Cómo pueden evitarlo? Buenos y malos todos perecen.

—Sus cuerpos perecen, pero sus espíritus viven; los buenos en la felicidad, los malos en la miseria. ¿Si Vd. no cree en un futuro estado, dígame *por qué sería un hombre bueno?* ¿Por qué no había de ser malo si puede prosperar en la maldad?

—Los más son malos; si son fuertes toman lo del débil. Los buenos todos son débiles. Son buenos porque no son suficientemente fuertes para ser malos.

Habían sacado un poco de maíz de un costal para los caballos y algunos granos aparecían esparcidos por el suelo; probé la hermosa metáfora de San Pablo como un ejemplo de un futuro estado. Haciendo un huequito con el dedo, puse un grano dentro de él. «Este—le dije—es usted cuando muere». Cubriéndolo con tierra continué: «Este grano desaparecerá; pero de él, crecerá planta que ha de dar una reaparición de la forma original.»

—Exactamente; comprendo. Pero el grano *original* no aparece otra vez, desaparece como el hombre muerto y se concluye; el fruto producido no es el mismo grano que enterramos, sino el *producto* del grano. Así sucede con el hombre. Yo desaparezco y concluyo, pero mis hijos crecen cual el fruto del grano. Algunos hombres no tienen hijos, algunos granos perecen sin frutos; entonces todo está concluido.

Me vi obligado á cambiar el tema de la conversación. En este desnudo salvaje primitivo no había siquiera una superstición en la cual encontrar un sentimiento religioso; había una creencia en la materia, y para su comprensión todo era *material*. Era extraordinario encontrar tal claridad de percepción combinada con tan completa carencia de todo ideal.

SIR SAMUEL W. BAKER. (1866)

ASESINANDO Á HOMBRES DORMIDOS

Era en 1814; debíamos atacar á Reims que el Emperador (1) ansiaba recuperar. El tiempo era sombrío y lluvioso. El Coronel me llamó y apartándome del grupo que formaba me dijo con su voz vieja y ronca:

—¿Vd. ve bien, allá arriba, una granja sobre aquella colina, allá donde se pasea aquel gran diablo de centinela ruso con su enorme bonete de obispo?

—Sí, sí, contesté, veo perfectamente al granadero y la granja.

—Pues bien, á las once de la noche usted tomará doscientos de sus veteranos y sorprenderá al cuerpo de guardia que han establecido en la granja. Y para que no haya alarma, atáquelos usted á la bayoneta.

A las diez y media de la noche mandé poner á mis hombres su capota y esconder el fusil debajo de la misma, desconfiando de que á pesar de la obscuridad la bayoneta se podía ver de lejos. Conociendo las pequeñas veredas que conducían á la granja, hice trepar los más decididos gallardos que jamás se habían visto. Ya ellos conocían á los rusos y

(1) Napoleón I.



NOTA DE ARTE

sabían de qué manera tomarlos. Los centinelas encontrados de paso desaparecían sin ruido, como pajas que se quiebran con la mano al borde de un camino. El que estaba adelante de las armas exigía más cuidado. Estaba inmóvil, descansando el arma y con la barba sobre el fusil; el pobre diablo se mecía como un hombre que se duerme de fatiga y va caer. Uno de mis granaderos lo cogió en sus brazos apretándolo hasta ahogarlo y dos más lo ataron fuertemente tirándolo al campo enseguida.

Yo llegué lentamente y no pude impedirme, lo confieso, cierta emoción que no había sentido en el momento de otros combates. Era la vergüenza que me daba de atacar á hombres que dormían. Yo los veía arrollados en sus cobijas, á la luz de una lámpara; mi corazón se agitó con violencia. De repente, en el momento de entrar en lucha, temí que mi debilidad fuera la de un cobarde; tuve miedo de haber tenido miedo un día y cogiendo mi sable que llevaba escondido bajo el brazo, entré el primero, bruscamente, para dar el ejemplo á mis granaderos.

Hice un gesto, que fué comprendido por ellos; se echaron primero sobre las armas y después sobre los hombres como

lobos sobre una manada de carneros. La bayoneta traspasaba, la culata aplastaba ó mataba, la rodilla asfixiaba, la mano ahorcaba sin piedad. Los gritos apenas oídos cesaban bajo el pie de los soldados y no hubo cabeza que pudiera enderezarse sin recibir el golpe de gracia.

Al entrar, yo mismo había dado locamente un golpe terrible sobre algo negro que atravesaba de parte á parte; un antiguo oficial, grande y fuerte, cargado de blancos cabellos, se alza como un fantasma, da un grito horroroso en vista de lo que yo había hecho, me aplica un tremendo golpe de espada en la cara, y cae muerto al instante al empuje de las bayonetas. Yo, caí sentado al lado de él, aturdido del golpe, pero oyendo la voz muriente y tierna de un niño que decía: «Papá...»

Entonces comprendí mi obra y miré con frenético afán. Vi á uno de esos oficiales de catorce años, numerosos en el ejército ruso, que nos invadían en aquella terrible escucha. Sus largos y rizados cabellos caían sobre su pecho tan rubios y sedosos como los de una mujer, y su cabeza recostada parecía dormir por segunda vez. Sus rosados labios y sus ojos grandes y azules eran de una belleza cándida, femenina y cariñosa. Yo lo alcé por un brazo y su mejilla cayó sobre la mía ensangrentada, como si fuera á esconder su cabeza entre la barba y la espalda de su madre para calentarse. Parecía acurrucarse sobre mi pecho para huir de sus asesinos. Su ternura filial, la confianza y el reposo de un sueño delicioso descansaban su faz muerta y parecía decirme: «Durmamos en paz.»

«¿Ese es un enemigo?» me dije, y lo estreché contra mi pecho, cuando sentí que se apoyaba contra mí el puño de mi sable que había atravesado su corazón y muerto aquel ángel dormido. Quise recostar mi cabeza sobre la de él, pero mi sangre le manchaba; sentí la herida de mi frente y recordé que me había sido hecha por su padre. Miré vergonzosamente al lado y no vi más que un montón de cuerpos que mis granaderos arrastraban por los pies para botarlos fuera.

En ese momento el Coronel entra, seguido de una columna de la que yo oía el paso y las armas.

Primera Gran Velada y Conferencia

ORGANIZADA POR EL COMITÉ PRO LINOTIPO

HOY — DOMINGO 15 DE NOVIEMBRE

Á LAS 8 DE LA NOCHE

En el Salón Orfeón Gallego Primitivo, Chacabuco 966

Á TOTAL BENEFICIO

DE LA MÁQUINA LINOTIPO QUE ESTE COMITÉ ADQUIRIRÁ
PARA EL DIARIO "LA PROTESTA"

PROGRAMA

- 1º. SINFONÍA, por el *Orfeón Libertario*.
- 2º. CONFERENCIA, por el camarada *Manresa Herrero*.
- 3º. ESTRENO del grandioso drama social, en tres actos, de *Gastón Lerroux*, que lleva por título:

LA CASA DE LOS JUECES

- 4º. CONFERENCIA por el compañero *Manuel Magdaleno*, administrador del diario *LA PROTESTA*, disertará sobre el tema:

LA JUSTIFICACIÓN DE "LA PROTESTA" COMO DIARIO

- 5º. Se llevará á escena el siempre aplaudido monólogo de FAG. LIBERT:

EL ATENTADO

desempeñado por el compañero *A. Marino*.

- 6º. Sorteo de la rifa organizada por la Agrupación *Hacia la Meta*.

Durante los intervalos el Orfeón Libertario ejecutará himnos revolucionarios.

Platea con entrada \$ 0.80

Palcos con 4 entradas \$ 4.—

La adquisición de la máquina linotipo no sólo será un progreso para «La Protesta» sino que quedará asegurada su existencia económica y será una fuente de iniciativas útiles para la propaganda.

Fábrica Nacional de Alhajas

LOCAL PROVISORIO: LIMA 836

Con el fin de dar á conocer algunos de nuestros artículos, publicamos estos muestrarios con sus precios correspondientes, no dudando ser favorecidos por el público.

Nuestras alhajas pueden competir con las de fabricación extranjera y garantizamos toda la mercadería, pues lo que ofrecemos cumplimos.



No. 1

Oro 18 kilates, preciosas piedras, \$ 8
Oro 14 kilates, preciosas piedras, \$ 5.50



No. 2

Oro 18 kilates, preciosas piedras, \$ 10
Oro 14 kilates, preciosas piedras, \$ 7



No. 9

Oro 18 kilates, el juego, preciosas piedras ó perlas, \$ 19



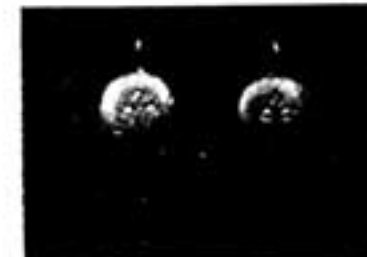
No. 10

Oro 18 kil., el juego, preciosas piedras \$ 15
" 14 " " " " " " " " \$ 13



No. 3

Oro 18 kil., preciosas piedras y varias form. de perlas, \$ 7
Oro 14 id., id., id., id., id., \$ 5



No. 5

Oro 18 kilates, con brillantes legítimos, \$ 20
Oro 14. diam. legítimos, \$ 6



No. 8

Oro 18 kil., el juego con preciosas piedras ó perlas, \$ 15
" 14 " " " " " " " " \$ 12



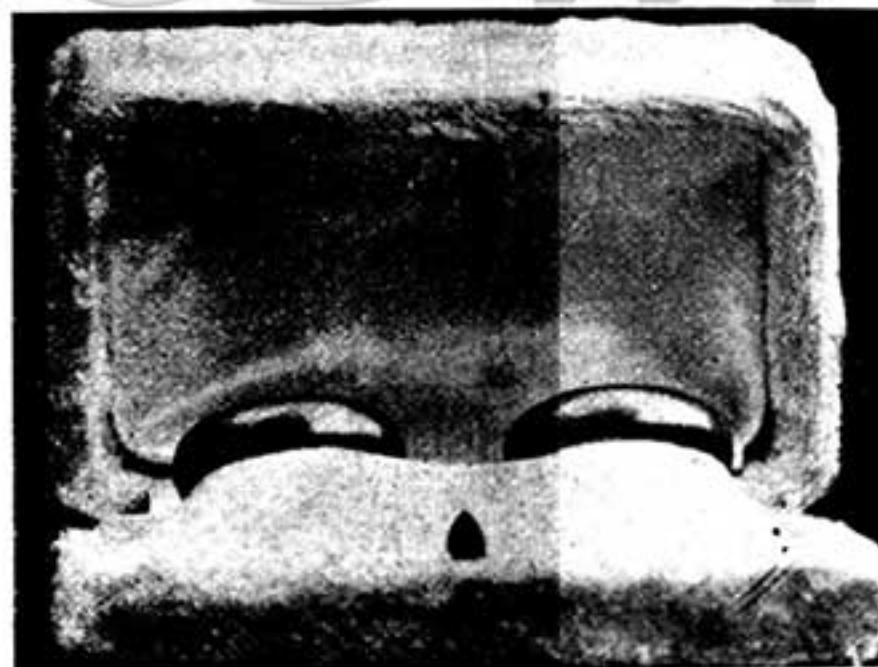
No. 4

Oro 18 kilates, preciosas piedras ó perlas, \$ 8
Oro 14 id., id., id., id., \$ 6



No. 6

Oro 18 kilates, preciosas piedras, \$ 6.50
Oro 14 id., id., id., \$ 4.50



No. 13

Oro 18 kilates, con el peso de 16 grs. ó sean 2 libras esterlinas, el par \$ 25



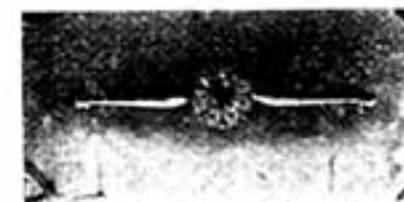
No. 11

Oro 18 kilates, 1 ó 2, \$ 6
" 14 " " " " " " " " \$ 3
Oro 14 id. para señora con diamantes legítimos, \$ 7



No. 7

Oro 18 kil y platino, y 12 diamantes, \$ 25
Oro 18 id., preciosas piedras, \$ 8



No. 12

Oro 18 kilates, con preciosas piedras, \$ 10
" 14 " " " " " " " " \$ 6.50

Preciosos anillos para señoras á 50 centavos

LINDOS AROS PARA SEÑORA A 50 CTS.

NOTA - Para mayor facilidad del cliente admitimos figuritas de cigarrillos en pago de cualquier joya sin cargar el precio de la mercadería.



ESCUELA MODERNA

CLASES DIURNAS

Se avisa á los compañeros que desde el 1º de este mes funcionan las clases diurnas de ambos sexos, en el espacioso local de la escuela sito en la calle Uspallata 407.

El horario es de 8 á 11 a. m. y de 2 á 4 p. m. Sigue abierta la inscripción de alumnos á toda hora del día. Cuota mensual adelantada 2 pesos.

CLASES NOCTURNAS

Los días lunes, miércoles y viernes de 7.30 á 9.30 p. m. funcionan dichas clases. A los alumnos que concurrían á los locales de Olavarría, Ecuador y Carlos Pellegrini se les hace presente que estas clases pasarán al nuevo local. Cuota mensual adelantada \$ 1.50.

Jira de Propaganda

El 15 del corriente iniciarán los compañeros Carlos Balsán y Antonio Zamboni una gira de propaganda en nombre de LA PROTESTA por el interior del país.

El compañero Balsán recorrerá los pueblos de la línea del F. C. C. B. A. y Rosario, reuniéndose en Rosario con Zamboni para desde dicha ciudad continuar los dos juntos de acuerdo con el itinerario que allí resuelvan.

Nuestros enviados darán conferencias, harán subscripciones al diario, nombrarán agentes en donde fuere necesario, enviarán correspondencias de los puntos que recorran y procederán á organizar gremios en donde fuere posible.

Esperamos que los compañeros del interior faciliten su labor á nuestros corresponsales viajeros para que resulte lo más fructífera posible para la propaganda de nuestros ideales y para la difusión del diario, que también es difusión del ideal.

Los que deseen sean visitadas las poblaciones en que residen, pueden dirigirse á la administración de este diario.

837 - LIBERTAD - 839

—¡Bravo! mi amigo, usted ha hecho eso prestamente. ¿Pero usted está herido?
—Mire usted, le dije, ¿qué diferencia hay entre un asesino y yo?

ALFRED DE VIGNY.

(De *Servitude et grandeur militaires*).

RUGEN

A través de los años se oye un grito cual un rugido audaz de rebeldía:
¡es el grito que surge de las horcas...
de las horcas malditas!...

¡Hablan muy fuerte! Es su voz de trueno de amenaza á la hueste envilecida:
¡ella recuerda las infames horcas,
ella reclama las hermosas vidas,
que pendieron, sublimes, en Chicago,
de las horcas malditas!

Veintiún años ha. Hoy como siempre las horcas resucitan,
como eterna vergüenza de tiranos,
esos que al pueblo su sudor le quitan.

¡Avergonzaos, monstruos de la infamia que hoy hablan las legiones oprimidas, invocando á los héroes de Chicago, que por la libertad dieron su vida!
¡temblad, tiranos que Chicago habla, palabras vengativas...:
es la voz de los nobles que llevasteis,
á las horcas malditas!...

RICARDO CARREÑÁ.

ABERRACIÓN

Yo soy árbitro, soberano, autócrata. Y poseo un talismán que me hace señor y dueño de mis semejantes. Miles de hombres trabajan porque yo viva y mueren porque yo goce. En el fondo de la mina, en la cresta de la montaña, en la estepa siberiana como en la selva tropical, ante la forja llameante como sobre la insalubre laguna, en el estrecho zaquimaqui como en la extensión del vasto océano, mis esclavos multiplican sus esfuerzos y consumen su vida por satisfacer mis caprichos. Yo dispongo de las energías sociales y las encamino á mi antojo. Yo hago bien ó

mal, virtud ó vicio, á medida de mi deseo. Puedo ilustrar, redimir, ennoblecer. Puedo corromper, embrutecer, esclavizar. Soy amo de conciencias, propietario de honras. El trabajo es mi siervo, la indigencia me paga tributo. Yo represento al derecho sin obligación. Nada debo á la sociedad que me lo debe todo. Con nada estoy obligado á contribuir á la labor colectiva. Mi soberanía no nace del merecimiento ni se gana con el esfuerzo; bástanle como títulos el azar de la herencia ó el capricho de la fortuna. La ley sanciona mi despotismo, la fuerza pública está al servicio de mi tiranía. ¡Ay del que ose atentar á mi fuero ó contrarrestar mi indiscutible autoridad!

¿Quién puede, sin mentir, expresarse con tanta arrogancia? ¿Será el déspota oriental, hijo del sol y rey de los reyes? No, ese, mal ó bien, ha de gobernar el rebaño de sus súbditos. ¿Será el César



EL PRODUCTOR

omnipotente, dueño del mundo, Dios en la tierra, ante cuyos altares se hacen libaciones y se sacrifican víctimas? No; ese debe á la elección tumultuaria del pretorianismo un poder precario y disputado. ¿Será el prócer medioeval, pequeño soberano autónomo, señor de horca y cuchillo? No; ese está ligado por jura-

mento, á sus superiores en la jerarquía feudal y les es deudor de ayuda y de servicio. ¿Será el monarca de derecho divino que encarna y personifica al Estado? No; ese es el menos libre de los hombre, súbdito de la púrpura, esclavo de la grandeza, amarrado al carro de su propia majestad. ¿Será el órgano de la divinidad entre los hombres, el representante y vicario de Dios? No; ese se halla más que otro mortal alguno, sometido á las exigencias de su función y misterio. El poder omnímodo, absoluto, indiscutible, el poder sin restricción, sin responsabilidad, sin deberes, una sola personalidad le ha poseído en el mundo hasta aquí: el capitalista.

¡Acabáramos! se dirá, ¿Y era todo esto? ¡Cuánta retórica para decirnos lo que vemos y por verlo á diario lo toleramos sin protesta. El hábito nos hace consustanciales con el absurdo. Los arraigados prejuicios jurídicos que nos dominan, impídenos reconocer toda la enormidad del exceso. La obscuridad en que aparecen todavía envueltos los ideales de la justicia futura, nos impone la resignación ante la justicia presente. Día llegará en que el poder de que hoy goza el rico aparezca á los ojos de todos como una monstruosidad sin ejemplo. La posteridad quedará absorta ante este fenómeno histórico, más asombroso á sus ojos que lo son á los nuestros la autoridad de los brahmanes ó el despotismo de los emperadores mónstruos. Apenas cabrá concebir entonces cómo ha podido existir en el mundo un poder semejante sin título real, sin función ni obligación anejas, sin responsabilidad ni límites y de qué suerte la sociedad se ha prestado á dar así todo á aquel que no le daba nada.

Ciertamente es el capital un maravilloso instrumento. Sin él habría sido imposible la civilización. Por su medio obtiene el hombre un triunfo en su lucha con la naturaleza. A él se debe el mejoramiento de la condición humana que procura al mendigo de hoy más comodidades de las que gozara un soberano en la edad media. A él se debe ese progreso industrial cuyos prodigios nos asombran. El procura medios á la cultura del espíritu. Por él la humanidad se enriquece y se eleva. Gracias á él toma el hombre posesión de

la tierra. El capital es el talismán portentoso, la lámpara de Aladino de los milagros económicos.

El capitalista es otra cosa. Burgués, necesita un ejército que le defienda, y mantiene al pueblo, para garantir su propia libertad, bajo la militar servidumbre. Rentista, su cupón representa el sudor y la sangre del pobre. Latifundiarario, se niega á cultivar y el título vacío de su propiedad hace morir de hambre á poblaciones enteras sobre un suelo fertilísimo. Agiotista, impone en la Bolsa el precio de los valores y siembra en torno suyo la ruina y el suicidio. Usurero, explota la miseria y se lucra con las angustias de la indigencia. Vanidoso, ostenta un lujo insolente y malogra las riquezas económicas en un consumo improductivo. Licencioso, practica el juego y fomenta la prostitución. Fanático, sacrifica los intereses de la sociedad á sus egoísmos de ultratumba. Los pobres sucumben, pero las empresas se enriquecen. España es víctima de un *atracó* internacional, pero los *trusts* americanos hacen su agosto. Las heroicas repúblicas sud-africanas caen en el Cabo vencidas en lucha desigual, pero á los gemidos de las víctimas responden las carcajadas metálicas de los avaros de la *City*.

No está bien formulado el problema social como una oposición y contienda entre el capital y el trabajo. Estas concepciones abstractas inducen fácilmente á error. Lo que hay en realidad frente á frente son dos propiedades. En el desenvolvimiento histórico del derecho de propiedad han incurrido los humanos en una increíble aberración.

Hay una propiedad primaria, espontánea, eterna, que lleva en sí su propia legitimidad, que no necesita para subsistir del reconocimiento social, que nace de las entrañas de la naturaleza humana; la propiedad que cada hombre tiene sobre sí mismo, su cuerpo y su espíritu, sus sentidos y sus potencias, sus manos, sus pies, sus ojos, sus miembros, su pensamiento y sus afectos. Hay otra propiedad artificial, externa, adventicia, precaria, que la ley reconoce, y el convenio social sanciona, y es la de los bienes exteriores. Pues, por una inversión increíble de los términos de la razón y de la lógica, esta segunda propiedad se ha superpuesto á

la primera, dominándola y esclavizándola. El efecto ha podido más que la causa, lo artificial se ha hecho dueño de lo natural, lo accesorio de lo principal y de lo esencial del accidente. Llegó un momento en que un hombre pudo disponer del instrumento de trabajo que era á otro necesario y se lo alquiló á cambio de sus servicios. El día en que se consumó este contrato tan legítimo en apariencia, quedó sancionada la más negra de las injusticias. De aquel pacto proceden todas las tiranías y todas las esclavitudes. Trastracadas entonces las funciones fundamentales del derecho, todavía hoy vivimos en pleno imperio de la iniquidad. Quien posee medios económicos, puede impunemente dejar baldías sus facultades productoras; otros producirán para él. Quien no tiene otra cosa sino la propiedad primaria de sus fuerzas y energías, ese depende, es tributario y siervo, del egoísmo ajeno. El vampiro chupará lo mejor de su sangre. Obrero, trabajará para el patrono; colono, para el propietario; asalariado, para el amo. Nada basta á redimirle de esa servidumbre; se somete ó muere.

Un poder tan turbio en su origen y tan desmesurado en su eficacia exigía al menos una infinita prudencia en su ejercicio de parte de los que lo emplean. El capitalismo no se cuida siquiera de guardar las apariencias. Cegado por su codicia no teme despeñarse en los abismos del descrédito. Atrocidades como la del Transvaal anuncian que no se halla muy lejana la Apocalipsis. Cualquiera que pueda ser la solución del problema social, la fórmula del proceso jurídico, en el orden económico, será necesariamente la de consagrar el respeto del capital, eliminando poco á poco al capitalista.

ALFREDO CALDERÓN.

¿ ?

(HISTÓRICO)

... Y sucedió, entonces, que al pretender subir á la cureña á ocupar su puesto, estando ésta en movimiento, el pie le resbaló del sotroso (estribo) y se le metió la pierna entre los rayos de la rueda... El cañón iba caminando y destrozando la

pierna del pobre muchacho cuyos ayes llamáronme la atención y advertí lo que sucedía. Di orden de parar, pero el teniente, jefe de mi sección, se dió vuelta y con voz seca y ronca ordenó que siguiéramos.

—Mi teniente, este hombre se mata,—le observé.

—Que se embrome por zonzó;—fué su contestación.

A pesar de su orden, paramos; sacamos al soldado de la rueda y colocándolo apoyado en un árbol continuamos las maniobras.

—Cabo, esta noche preséntese al cuerpo de guardia,—ordenóme el teniente.

* *

Cuando terminamos las maniobras, recogimos al herido, empapado por la lluvia y el barro, y nos lo llevamos al campamento. La pérdida de sangre habíalo debilitado al extremo de perder el conocimiento. Era un pobre enganchado, arreado de su toldería natal, y metido á soldado á la fuerza. La pierna quedole inutilizada.

* *

—¿Y á Vd. que le sucedió en el cuerpo de guardia?

—Fuí condenado á diez días de plantón.

—¿...?

CABO.

PARA QUÉ SIRVEN LOS PROGRESOS DE LA INDUSTRIA

Quedamos en que cada vez se hace sentir más la necesidad de revisar las teorías que circulan bajo el nombre de socialismo. Es necesario, al menos para los que desean la emancipación efectiva de la masa de los trabajadores, ver qué queda todavía del socialismo propiamente dicho en los programas—compromisos que están hoy en boga—y rechazar de lo que se ha introducido todo aquello que contribuye á conservar la explotación del hombre por el hombre; rechazar aquello que dulcifica ligeramente lo que hay de más repugnante en la explotación, pero que arma al mismo tiempo al Estado *burgués* de poderes en que ni él mismo osaba soñar hace cincuenta años.

Esta necesidad es tanto más urgente cuanto que las condiciones de la lucha entre el proletariado y las clases acomodadas cambian, aunque no siempre en ventaja de los proletarios. Antes al contrario, el resultado es que las fuerzas opuestas á su emancipación se acumulan si no se les combate á tiempo.

✽

En efecto, si las condiciones intelectuales y morales de la lucha se mejoran para el proletariado,—las condiciones materiales, las condiciones económicas y políticas, al revés de lo que se enseña en los medios socialistas, hacen la lucha más difícil bajo ciertos aspectos,—lo que hace que el éxito de la lucha dependa de más en más de la *inteligencia*, de la *fuerza moral* y de la *fuerza de ataque de los trabajadores*.

Es engañar á los trabajadores, engañándose á sí mismo, persuadirles que todo el desarrollo de las sociedades basadas sobre la explotación tiende á abolir ésta, á hacerla imposible. Los dialécticos griegos podían hacer semejantes afirmaciones y obtener éxitos oratorios, pero carecen de valor en las luchas económicas de nuestros días. La evolución económica de las sociedades basadas sobre la explotación del pobre por el rico, trabaja tanto *contra* el explotado como *para* él—tanto *para* el capitalista como *contra* éste.—La fuerza intelectual y moral del explotado, su fuerza de cohesión y su fuerza de ataque, decidirán en el conflicto que se desarrolla ente explotados y capitalistas.

Bajo este aspecto, pues, es de absoluta necesidad una revisión de la enseñanza socialista.

✽

Está fuera de toda duda que la fuerza intelectual y moral de los explotados aumenta de año en año.

El trabajador lee mucho más que leía al acercarse la revolución de 1848. Sabe mucho más y discute con mas seguridad sobre lo concerniente á su emancipación. El desarrollo de las organizaciones de lucha obrera—los grupos de resistencia como se decía en La Internacional, ó los sindicatos como se dice hoy—que se ve en todos los países, la acción razonada de esas agrupaciones en sus luchas son la

prueba. La misma Rusia, á pesar de todas las persecuciones del momento, ha visto organizarse más de 400.000 trabajadores, en grupos profesionales, es decir, en sindicatos, en menos de un año. Y este movimiento toma en todas partes—como se vió en La Internacional antes de la guerra de 1871,—el mismo carácter de lucha directa del trabajador contra el capitalista.

Por otra parte el obrero ha perdido ciertamente la confianza en las buenas intenciones de los burgueses, así como la fe que tenía antes de 1848 en la fuerza del cristianismo, para convertir á los burgueses á mejores intenciones. Aquella cándida fé que animaba á los socialistas franceses y comunistas místicos alemanes antes de 1848 ha desaparecido ya. Y si durante ese sombrío período de reacción que hemos atravesado desde la derrota de Francia y la *Commune* de París hasta el fin del siglo XIX se propagó una nueva ilusión, la del sufragio universal como medio de emancipación de los trabajadores, ésa es también una ilusión que desaparece. La fe en el sufragio universal comienza á perderse hasta en Alemania y en Suiza.

Todo contribuye en la evolución actual de las sociedades civilizadas á despertar la inteligencia de los explotados y su sentimiento de dignidad personal; todo ayuda á extender entre ellos el saber y la conciencia de las injusticias sociales; todo tiende á destruir las ilusiones sobre socorros externos á que los explotados se inclinan para sostener su valor en medio de las vicisitudes de la lucha. Los fusilamientos del ministerio radical-socialista de Clemenceau-Briand-Viviani no son los que menos han contribuido á disipar esas ilusiones.

Bajo el aspecto intelectual todo favorece á los explotados.

✽

En concepto económico sucede lo contrario de lo que hasta el día se ha enseñado en los medios socialistas. Nos hallamos en presencia de muchas fuerzas, una que trabaja en efecto para facilitar la emancipación de los explotados, en tanto que las otras trabajan con energía en sentido contrario. Pero el efecto final de

estas fuerzas depende por entero de los explotados mismos.

Lo que nos admira sobre todo cuando observamos el desenvolvimiento moderno de las sociedades civilizadas, es el aumento prodigioso de la capacidad de producción del hombre. Podemos tomar cualquier rama de la industria, ó de la misma agricultura ó de la horticultura, y observamos que el hombre puede producir hoy, trabajando nueve ó diez horas diarias, diez, veinte veces más que producía de tejidos, calzado, construcciones, productos alimenticios, etc., trabajando doce ó catorce horas diarias hace treinta años. Y hallamos también que si este aumento no es general, si todavía no tenemos la misma productividad del trabajo en las ramas atrasadas de la industria ó bien en la agricultura sobre inmensos espacios, se debe á que por una razón ó por otra, los explotadores *no quieren*, no tratan de reemplazar un trabajo que produce poco por un trabajo que produciría mucho más.

El poco precio del trabajo infantil, la oferta inmensa de brazos desocupados en los oficios que exigen poco o casi nulo aprendizaje, en fin el deseo de continuar poseyendo grandes espacios del suelo y de conservar los derechos honoríficos que esa propiedad confiere al propietario, todo esto contribuye á retener el trabajo insuficientemente productivo. Pero es evidente que si la comunidad lo quisiera, podría decuplicar la productividad del trabajo en *toda* las ramas de la industria y de cultivo del suelo.

✽

Ese enorme acrecentamiento de la fuerza de producción del hombre, es un inmenso progreso que hace que sea innecesaria la explotación del hombre por el hombre. Si es posible producir todo lo necesario destinando á esa producción cuatro ó cinco horas diarias, una sociedad de gentes civilizadas y hábiles en sus oficios sólo necesita entenderse para organizarse prescindiendo de toda explotación.

He ahí un gran progreso que debemos indudablemente al aspecto científico, no metafísico, tomado recientemente por el desarrollo intelectual de nuestras socieda-

des, progreso que hace salir el comunismo del dominio de los sueños y le constituye una posibilidad, una *necesidad*.

✽

Pero como todo otro factor de desenvolvimiento humano, este hecho tiene también su lado opuesto. Este mismo acrecentamiento prodigioso de la productividad del trabajo, que hace el comunismo posible á condición de que los hombres quieran aprovechar de este acrecentamiento en interés de todos, se convierte en un instrumento de explotación, en un arma en las manos del explotador, si la sociedad, gracias á sus instituciones, deja al explotador aprovecharlo solo.

Así, en nuestras sociedades actuales, basadas sobre el individualismo capitalista burgués y la explotación del obrero, el acrecentamiento prodigioso de la productividad del trabajo se convierte en un arma más para el sostenimiento de la explotación.

La fuerza de producción del obrero ha decuplicado de cincuenta años á esta parte; ha centuplicado en ciertas ramas muy importantes. Un hombre provisto de buenas máquinas produce en seis meses, en las granjas de extensión media de 50 hectáreas, sobre el suelo medianamente productivo de las cercanías de Chicago, el trigo en harina necesario para la manutención de cien hombres. Un obrero en una fábrica de calzado fabrica en un año calzado para mil personas, y así sucesivamente.

Pero los salarios de la gran masa obrera no han duplicado, ni triplicado, ni doblado desde entonces, lo que hace que la parte del explotador haya crecido proporcionalmente. El aumento de la productividad del trabajo humano, que bajo ciertas instituciones hubiera debido ayudar á emancipar al ser humano, ha ayudado un poco al trabajador, aún bajo las instituciones que hoy existen, pero ha aprovechado mucho más al explotador.

La fuerza de explotación del capitalista ha aumentado. Y aparte de algunas excepciones, puede decirse que el enriquecimiento del patrón á expensas de los obreros que trabajan para él *va aumentando á medida que sus obreros se hacen más hábiles* y que las máquinas hacen el

trabajo humano más productivo. Su *potencia*, su *fuerza material* aumenta á menos que los obreros les opongán su *fuerza intelectual* y su *espíritu revolucionario*.



Este progreso económico, como todos los demás factores económicos, es un arma de dos filos. No posee virtud alguna mística que le permita por su «substancia inmanente» realizar la emancipación de los trabajadores. Será un instrumento de emancipación ó un instrumento de explotación, según el empleo que los hombres le den en su sociedad: según las *ideas* que dominarán entre ellos, según sus *sentimientos de independencia*, según su *cohesión* entre explotados, según su *voluntad revolucionaria*.

Rebajad el nivel de todas estas fuerzas y no haréis sino lo que hasta hoy se ha hecho: un instrumento que sirve para reforzar la explotación.

Como veremos, esto se aplica á todos los hechos de orden económico. Todos los hechos del progreso industrial serán, ya un instrumento de emancipación, ya un útil de servidumbre, según el uso que les dejen dar los trabajadores.

P. KROPOTKINE.

EL ESCOLAR ES UN PROCESADO

Reformar programas suele ser una obra ilusoria: lo que ha de cambiarse en la escuela es el carácter del maestro y la actitud del alumno.

¿Se ha reflexionado bastante sobre la situación inconveniente en que colocamos á nuestros alumnos desde el primer día? La actitud lastimosa que adoptan es la de un acusado que á cada instante puede ser sorprendido en flagrante delito de ignorancia. Y si el escolar se presenta como un culpable, es debido á que el maestro, — como si olvidase que ha de instruir y ayudar á los niños que se le confían desarrollando lo que haya de bueno en ellos, — adopta en seguida el tono y el procedimiento de un juez, y cuando les interroga se propone casi siempre reconocer en aquella cuadrilla de sospechosos los que merecen censura y los que

han de ser absueltos, á veces con felicitaciones. Al efecto lleva un registro donde anota en un lenguaje cifrado é impresionante, junto con algunas apreciaciones favorables, las declaraciones, frecuentemente abrumadoras, de los que han sido sorprendidos.

¿Pero qué sucede así?

Sostengo en serio la comparación: hay verdadera analogía entre los escolares y los procesados. No nos formamos una gran idea de la sinceridad media de los pobres diablos que se hallan sometidos á la justicia de su país, y la de los escolares no es de cualidad muy superior. Sin hablar de las trampas bien caracterizadas de que algunos de ellos se hacen culpables, lo verdaderamente grave es esa semi-sinceridad con que casi todos se contentan: cuando no saben casi nada se empeñan en demostrar que su ignorancia no es absoluta; su boca produce vagos sonidos que probarán que han sabido decir algo, y así, entre dos notas muy malas obtienen la menos baja. Cuando el aparato de interrogar ha funcionado mal y de él ha salido una cifra un poco elevada, á él se acomodan, porque el interrogatorio suele detenerse en el momento preciso en que iba á ser molesto. ¡Qué suerte. ¡Qué suerte! Jamás el delincuente ayuda al juez de instrucción á hacer la luz. Si no ha sido cogido con las manos en la masa, no dirá:

«— Señor, yo también pertenecía á la cuadrilla de malhechores».

Ser ó no ser afortunado es para la mayor parte de los escolares lo principal. Hay por lo común en sus respuestas tanta prudencia, tanta habilidad, que es difícil distinguir la sinceridad de la mentira. El hecho es que cuanto les sucede les demuestra que tienen interés en ocultar su ignorancia.



Con frecuencia el juez y los acusados juegan á ver quien engaña á quien. Hay maestro que, no queriendo dejarse engañar por las pruebas de celo que darían algunos perezosos si supieran de antemano el momento en que han de ser interrogados, preguntan á los alumnos en el orden más desconcertante posible, y éstos, siempre alerta, hacen cálculos complicadísimos para descubrir el nombre de los

desgraciados que se sentarán en el banquillo durante la lección próxima.

Pero ¿qué tienen que ver con la educación esas astucias y esos mezuquinos procedimientos?

La obligación en que están la mayor parte de los maestros de «interrogar» frecuentemente para dar á cada alumno la nota que merece, tiene graves consecuencias sobre las cuales conviene insistir.

Una mala nota no puede menos de ser considerada por muchos escolares como un castigo que quizá le ocasione una reprimenda de sus padres. Ese castigo no les parece siempre merecido y en tal caso acusan de injusto á su maestro.

Este suele ser considerado por algunos de aquellos muchachos como un vigilante, no como un iniciador. El silencioso rencor que contra él sostienen será el único recuerdo que conserven de esos años perdidos en aquella escuela que no les ha dado nada que pudiera ser amado. Todos hemos oído á muchos niños hablar con odio ó desprecio de quienes les «preparaban para la vida.» Todo eso es deplorable y podría evitarse.

Notamos también que un interrogatorio hecho á conciencia para conocer el estado de los conocimientos de un escolar exige tiempo, y comprendemos á que suele reducirse la tarea de un maestro que tiene treinta ó cuarenta alumnos, de cada uno de los cuales ha de tomar varias notas trimestrales respecto de cada rama de su enseñanza. Se le dice que es un educador y se le obliga á hacer el trabajo de un burócrata, sin permitirle el silencio, la dulce somnolencia, la inefable paz que goza el oficinista.

Existen muchos escolares de escaso valer, «malos alumnos», que se obstinan en hacer largos estudios porque la profesión de abogado les parece más distinguida que la de negociante. Para esos resignados, cuanto hay de bello y grande en la naturaleza y en la historia, el mo-



EL PREJUICIO

vimiento de los astros, la manera de vivir de los animales y de las plantas, los poemas más admirables, las ideas geniales de un Newton ó de un Descartes, todo para ellos, durante años, ha sido ocasión de obtener una mala nota. Y no he de hablar solamente de los malos alumnos: los escolares en clase con más frecuencia experimentan la inquietud que la admiración. Cada cosa bella que se les enseña es para ellos una amenaza, un asunto más que ha de conocerse.

Verdaderamente la escuela es imperdonable. ¿Por qué obliga á los niños á aprender las fábulas de La Fontaine si no es capaz de hacer que las amen? Hay en esas fábulas versos admirablemente frescos cuyas primeras palabras dice y repite el alumno, poniendo á la cola interminables puntos suspensivos, hasta que el maestro pierde la paciencia y le dice:

— Como de costumbre no sabes nada. Ve á tu asiento; te pondré un cero como una casa.

¡Oh! causarí horror una estadística que expresara el número inmenso de malas notas, reprensiones, disgustos y golpes que ha valido á los escolares la obra del gran poeta, quien también fué un desapplicado. Si levantara la ca-

beza y viera el mal que en su nombre se causa á los niños, gritaría indignado: «¡Basta ya! ¡Dejadles tranquilos!»

La poesía obligatoria es de lo más horrible que se conoce.



¿No lo han observado los que enseñan? Hay niños que cuando se dirigen á su madre ó á sus compañeros, se expresan con facilidad y con vivacidad; pero cuando el maestro les interroga, vacilan, balbucean y pierden su seguridad. ¿Por qué? Porque en el primer caso saben claramente lo que quieren decir, mientras que en clase han de hablar de cosas mal comprendidas, y han de pronunciar palabras

que no tienen relación con sus verdaderos pensamientos.

Más aún. Como los alumnos de una misma clase suelen ser numerosos y el maestro tiene prisa, porque ha de interrogar constantemente á sus acusados, se apresura forzosamente á condensar lo que enseña en proporciones fácilmente recitables: la regla ó la fórmula que ha de retenerse se aprende y recita por todos antes que cada uno haya comprendido su significación.

Todos hemos repetido: «*La alteración del orden de los sumandos no altera el valor de la suma*» ¡Oh! esos buenos pequeños, en su alegre vivacidad, son capaces de alterarlo todo por inalterable que parezca.

Por escépticos que sean, los que enseñan, para obtener «el término medio general» de un alumno, han de practicar operaciones ridículas. Alberto, por ejemplo, que es un niño muy inteligente, pero cuya actividad varía en proporciones notables, ha recibido de su profesor de matemática la nota 2, mala nota que se combinará con la 19 y la 9 que mereció anteriormente por sus buenos trabajos. De ese modo su *medio* trimestral será 7. Este 7 se multiplicará por el coeficiente 3, cuyo efecto es aumentar la importancia de la nota de matemáticas, lo mismo que la nota de historia se multiplica por el coeficiente 2, la nota de dibujo por el coeficiente 1, etc. (Porque es claro que la importancia de la historia, por ejemplo, es á la de dibujo como 2 es á 1.) Sumando sus diferentes medios particulares, multiplicado cada uno por el coeficiente que le corresponde, dividiendo luego el total obtenido por un número fijo que no hay necesidad de definir, se saca en consecuencia que el «medio general» de Alberto es de 6.91, lo que le coloca naturalmente entre al alumno Tomás, cuyo medio es 7.02, y el alumno Marcelino, que llega á un medio de 6.88.

¿A qué realidad corresponde ese medio de 6.91? Ese número, preciso es reconocerlo, *no significa absolutamente nada*. Puede parecer extraño que un escolar fuerte en ortografía y que aplica siempre correctamente las reglas de gramática que le han enseñado, obtenga mejor nota que su compañero, quien, á pesar

de su tierna edad, muestra ya un talento positivo para el dibujo; pero lo absurdo es la idea de sunar el talento de un dibujante, sus conocimientos históricos rudimentarios, su habilidad como gimnasta y su triste inferioridad en materia de composición francesa para sacar de todo ello un *término medio*.

Nótese aún que Alberto, que es un brillante alumno en ciertas lecciones y un torpe manifiestamente en otras, puede obtener *el mismo* general medio que el pobre Felipe, tan diferente, y que de escasa inteligencia, tímido pero activo, obtiene de todos sus maestros la misma nota suficiente. No es que pida menos indulgencia para Felipe, ¡oh, no! sino que deseo que se comprenda que esa cifra definitiva, según la cual los padres severos juzgarán á sus hijos, carece de toda significación.

Hay muchos maestros que toman en serio esos cálculos periódicos é irracionales. ¿Se conforma fácilmente su gusto por el procedimiento meticuloso y el expedienteo con una profunda simpatía hacia los cándidos hombrecillos que se le confían? Lo dudamos. El rango que se asigna á cada escolar, las numerosas cifras que se inscriben en su cuaderno, la elección arbitraria—la misma para todos—de los trabajos que se le encargan, todo supone que se mide sin cesar, más ó menos inconscientemente, la distancia que les separa del *alumno modelo*, ser imaginario, inconsistente, falto de calor y vida, que posee en alto grado todas las virtudes escolares.

Pero existen otras virtudes. Hay otra manera de juzgar á un niño diferente de esa declaración, en vista de pruebas especiales y arbitrarias, que es inferior ó superior á tal cual de sus compañeros. Su valor verdadero no depende del que se reconozca á su vecino. Hay en él algo realmente bueno susceptible de ser mejorado, ciertas aptitudes que no se desarrollarían si no se le da ocasión de conocerlas, de saber que las posee. La vieja costumbre de apreciar los méritos relativos de los escolares de una misma clase y la obligación que ha contraído de someterlos á exámenes uniformes y rápidos hacen que se descuide totalmente lo que hay en ellos de individual. He

ahí por qué el que se esfuerza por comprender á un niño, y que sabe reconocer lo que hay de inteligente en esos torpes ensayos, no puede menos de dar contra su voluntad, cuando la ocasión se presenta, la mala nota que necesita reglamentariamente su copia llena de faltas.



Como se necesitan notas, muchas notas, siempre notas, la escuela fracciona todo el saber humano en dosis mínimas, cada una de las cuales puede dar materia para una interrogación rápida. Así el joven Mauricio, que recitó el martes la primera mitad de una fábula, dejó sin aprender el resto para el viernes; de modo que con medias fábulas, tercios de teoremas y cuartos de verdades, migajas de ciencia, se nutre ordinariamente la inteligencia de los escolares.

Esa costumbre de aislar los hechos, como si cada uno de ellos, tomado separadamente, tuviera un valor intrínseco considerable, es cómodo para el juez desconfiado que á cada instante quiere pedir á los pilluelos sospechosos cuenta de la racioncilla de conocimientos que les ha dado; pero la regularidad de sus tareas múltiples y desmenuzadas; diarias y obligatorias, suprime para los escolares todo el relieve del universo y de la historia. Si es tan peligroso para ellos ignorar esto como ignorar aquello, ¿sabrán reconocer que lo uno es más importante que lo otro? Porque el alumno estudioso que se dispone para referir mañana la anécdota del *Vaso roto* (el de Soissons), deberá aprender en pocos meses la historia del descubrimiento de América, y en ambos la mala nota que ha de evitarse tendría la misma gravedad.

Por esa causa, los niños en clase estudian sucesiva y rápidamente los numerosísimos asuntos previstos por el programa, con demasiada rapidez y superficialidad para que puedan después dar una forma personal á las nociones que se cree haberles inculcado.

ROORDA VAN EYSINGA.

Concluida el número próximo.

MISION DE LA MUJER

Las mujeres deciden de las costumbres, cualesquiera que sean los hábitos y las leyes de un país. Libres ó esclavas, ellas reinan porque dominan nuestras pasiones. Sean nuestros ídolos ó nuestras compañeras, cortesanas, esclavas ó bestias de carga, la reacción es completa; hacen de nosotros lo que ellas son. Parece que la naturaleza liga nuestra inteligencia á su dignidad como atamos nuestra dicha á su virtud.

He aquí pues una ley de eterna justicia: el hombre no sabría rebajar á las mujeres sin que él mismo cayera en la degradación; no sabría enaltecerlas sin hacerse mejor. Es necesario que los pueblos se embrutezcan en sus brazos ó se civilicen á sus pies.

AIMÉ MARTÍN.

FIN DE LA HUELGA

Se miraron unos á otros: flacos, amarillentos de insomnio, de hambre y de dolor, estenuados. Y uno dijo bruscamente: —¿Con qué fin?... ¡Se muere!

Otro dijo:—Mis hijos, ya sin fuerzas, languidecen.

Otro:—Mi mujer está en el hospital.

Un estremecimiento negro, glacial, pasó por encima de las cabezas.

Con los ojos encendidos, relampagueantes, un hércules de veinte años exclamó: —No, jamás. Debemos resistir hasta el último día, ¡todos!...—No somos brutos, sino hombres...

Se miraron unos á otros: flacos, amarillentos de insomnio, de hambre y de dolor. Un pensamiento temblaba en el gran silencio: —¿Con qué objeto?... ¡Se muere!

Y majestuosos, con los vestidos hechos tiras, conteniendo en lo más hondo sus sollozos de vergüenza, como sombras graves y desoladas, volvieron al trabajo.— ¿Hasta cuando?...

ADA NEGRI.

LA PREFACION DE VARGAS VILA

Me da esta prefación oportunidad para demostrar que Vargas Vila, con el ruido de timbales de su declamación, amenudo dice mediocridades, que jóvenes intelectuales de América conceptúan profundidad y grandilocuencia. Divide su prefación en tres capítulos: *Del Verbo*, *Del Arte* y *Del Libro*.

Del Verbo

Es, en ocho páginas, la apoteosis de la palabra humana, con unos pocos excelentes pensamientos encapullados en frases declamatorias que falsean el conjunto. Veámoslo. Dice:

«Plantemos para la Eternidad;
plantemos el árbol de Vida;
la Vida, es, Palabra;
de todo lo Humano, la Palabra, es, lo único;
Eterno;
su sonido pasa;
su sentido queda.»

Confunde de modo incomprensible el pensamiento con la palabra. La palabra es un vaso estrecho, el pensamiento siempre se desborda y de allí el sempiterno descontento del pensador original que busca los vasos de elección para su pensamiento. Llénalos en un instante y no sabe que hacer luego con las aguas fluyentes y cantantes del río de su interior. Entre las razas ignoradas de la Historia y la Antropología hubo algunas que no hablaron, que no conocieron la palabra, porque su pensamiento, vibrando como la luz, iba de inteligencia á inteligencia, sin las refracciones, sin los astigmatismos é interferencias de la palabra. La proximidad de un pensamiento poderoso es bastante para que nosotros percibamos su influjo, aunque no haya mediado el puente aereo de la palabra. Más grande que la palabra es el pensamiento; las palpitations de vida de la palabra le vienen de arriba, del pensamiento, que no sabría existir sin la vida. Decir, pues, «plantemos el árbol de la vida, que es la Palabra» es un absurdo, explicable tan sólo en quien desea construir frases declamatorias, pero no en quien se detiene á meditar sobre la vida y el pensamiento.

Si es eterno, es porque surge como una flor de la vida para perpetuarse inacabablemente en el universo que conocen y que conocerán los hombres. Y se contradice adelante afirmando algo mejor, «que la melodía de la palabra le viene de la vida», pero no es la vida. La palabra es simplemente una de las simples formas de la proteica vida. Más tarde vuelve al mismo yerro, «se diría que el Verbo, es, como un sexo, pertinazmente tendido sobre la Inteligencia Humana, para fecundarla». El Verbo, tomado en el sentido de palabra, como lo pretende Vargas Vila, no es nunca activo, es siempre el engendro de la inteligencia. Sólo el pensamiento ajeno, haciendo vibrar nuestra inteligencia, puede inducir la á crear. La inteligencia del hombre creador siempre está en cinta. La fecundan los sentidos ó las reminiscencias á que aludieron Pitágoras y Platón. Como el color es una resultante de las vibraciones luminosas, la palabra lo es de las vibraciones del pensamiento en cuanto á su sentido.

En otra parte dice: «La palabra debe ser un acto.» La palabra es un acto, nada otra cosa. Lleva en su seno el pensamiento, por eso es fuerte; pero esa fuerza tampoco está en el pensamiento, sino en la vida que lo engendra y esa vida es el acto supremo de la voluntad. Cuando dice que «el engendramiento eterno de los Prodigios vive en los labios de los hombres, afirma un colosal error. La Venus Genitrix que vive en nosotros es la voluntad. Ella engendra la vida y para iluminarse el camino se ata una lámpara en la frente; el pensamiento. Desconoce este hecho, por eso para mí resulta una declamación todo este prefacio, que descansa sobre un error. Le llamaría simplemente falso y no declamación, si para decir semejantes yerros no se empinase como sobre una estatua de la Libertad, cubierta la cabeza con una mitra de Pontífice.

Sus erróneos conceptos sobre la palabra lo arrastran al culto de la palabra, que podría degenerar en ecolalia. No desconozco el valor musical de la palabra y no me inspira desdén el arte que se funda en él. Carece, sin embargo de la

elevación superior del arte que se funda en la belleza ideal de la naturaleza.

Vargas Vila, en ocasiones, es un fraseador, un colector de clichés. No ha de buscarse en él coordinación, congruencia de pensamiento. Se contradice con frecuencia.

Hay la contradicción superior del hombre original que mira las más diversas de las cosas, que engendra las más variadas concepciones, algunas de las cuales son la negación de las otras y hay la contradicción vulgar de quien no medita, de quien produce ideas espasmódicamente sin tomar en cuenta lo que antes pensara.

Vargas Vila, con tal de hacer una frase no tiene inconveniente en contradecirse. Profesa el mayor desprecio de la palabra, que deifica sin embargo. Es como esos avezados sacristanes que en el templo se arrodillan ante la imagen del santo cuya hueca armazón escarnecen en la sacristía. Véase. Dice:

«La Palabra Humana, es la expresión simultánea del Hombre y de Dios.» En otra parte dice:

«¿Cómo emplear la Palabra, ese eco de la Divinidad, que viene del Misterio y va hacia el Misterio, en provocar aquella torpe explosión de la Brutalidad?»

Y no obstante, entre esas dos evocaciones de la Divinidad escribe:

«Si yo fuese, siquiera deista, diría que, prostituir la Palabra, es prostituir á Dios.»

Si no es deista, ¿á qué las invocaciones? Y si lo es, ¿á qué la negación? Es ello la obra de la declamación y nada más. Afirma ó niega, como la declamación quede mejor.

En todas las famosas declamaciones de Hugo se halla de por medio el Misterio, el Infinito, la Eternidad. Este imitador de Hugo hace también intervenir el Misterio, el Infinito, la Eternidad. La Palabra viene del Misterio y va al Misterio el Misterio se eleva melodiosamente del fondo de La Palabra; Todo el Misterio de la Fuerza Psíquica; Toda obra de Arte, es un Misterio; El Océano Inapaguable de lo Infinito; el Sistema Vital de la Inmensidad; el Emblema invisible de lo Infinito.

Cuando alguna de esas expresiones

ocurre en un pensador de verdad, que nos ha limitado ya lo que para él no es un Misterio, entonces hay un valor en la palabra, tiene un sentido conocido, aunque sin límites fijos. En Vargas Vila no hay sino la busca de un efecto, no hay un profundo pensamiento.

Del Arte

Superior á su teoría de la palabra es su declamación á propósito del Arte. Hay mayor número de expresiones concretas y períodos coherentes. No faltan las frases que guardan simples ineptias, pero son menos. Ejemplo de ellas:

«descifrar el Símbolo, fijándolo por la humanización potente del vocablo, el apriamiento del Ritmo; la traslación viva del dolor la fijación eterna del gesto: es ser Artista:

ciencia de lo Dinámico, y, ciencia de lo Mecánico;

Inspiración y Forma: Arte.»

¿Esa ciencia de lo Dinámico á que se refiere?

Nadie podrá decirlo. ¿Es acaso al Arte? ¿Es la ciencia del artista? En cualquiera de ambas cosas la frase carece de sentido,

En otro lugar dice: «los ánteros y los pósteros, todos son *Uno*, en la Victoria Inteligente del Arte.» frase rebuscada para disimular el pensamiento de Víctor Hugo: «el genio es la región de los Iguales.»

Para Vargas Vila el «Manantial del río del Orgulla» está en ser «Si Mismo, revelado á Si Mismo y á los otros, en su propia Obra.» Lo Creo. Pero tal obra deja de serlo de Arte. La agigantación del yo es monstruosa, antiartística. No aparece siquiera en el apóstol del Zaratrustrianismo. El mismo Dante que se heroifica en su obra no agiganta su yo, no pretende revelarse á sí mismo. Quien tiene la plena conciencia de su fuerza es quien menos se exhibe como revelado á sí mismo. Son muy raros los artistas, los creadores de vida, que se miran en su obra, porque el creador jamás siente que ha vaciado su fuerza en obra alguna y siempre espera la obra futura donde derramará su ser, cuanto tiene de grande y de original. De allí la fecundidad de ubre del Creador.

«La Vida, es, un huracán de formas; un tropel de Símbolos.»

Otra lamentable confusión. La vida es el alma de la forma, es el contenido de ella. Valdría tanto decir: «el vino es un huracán de vasos.»

Las fuerzas superiores del universo constituyen la vida y nada cuanto existe carece de ella. Las formas son los contornos exteriores, visibles de la vida. En la escala del universo presente, desde el éter hasta el hombre, es preciso mirar en el corazón de la forma la palpación inquieta é impercedera de la vida.

La permanencia de la obra de arte le viene de la fuerza de voluntad y de pensamiento del creador. Engendrar en nuestro interior una imagen, soplar sobre sus ojos un aliento potente de vida es la preparación para crear la obra de arte. La improvisación es efímera, si por tal hemos de entender la producción sin reflexión.

Porque hay otra improvisación: la del genio, que es un florecimiento repentino de la savia acumulada anteriormente.

Está en lo cierto Vargas Vila cuando escribe: «todo lo que de luz han dado los soles de los siglos está en el Canto.»

La revelación de todos los sentimientos y de todas las concesiones está en el canto, desde antes del *Ramayana*, hasta los grandiosos poemas del futuro, cuando la humanidad actual, estando pronta á lanzarse en la mar superior de la vida, entonará los últimos cantos que han de quedar resonando como una música sideral en el horizonte de las otras humanidades que quizá tengan que cruzar por este planeta moribundo.

Del Libro

Al tratar del libro de Santiago Argüello, Vargas Vila concreta más su pensamiento y es más justo en sus afirmaciones de carácter general. De vez en cuando declama demasiado alto y demasiado falso.

Dice de Argüello que no es un clásico y se pregunta si será un modernista.

Luego añade: «Caeré yo en la trivialidad de disertar sobre el modernismo y sobre los modernistas, en esta hora electoral de la Belleza, en que se celebran concursos sobre ese tema, y, un huracán plebiscitario lleva por todas partes la democracia del concepto, en torno al vocablo y á su significación momentánea y concreta.»

Tras esta explosión de orgullo ¿se justificaría que Vargas Vila emitiera un concepto sobre el modernismo? Y caso de hacerlo ¿no exigiríamos una opinión original y superior á las que fueron enviadas al *Nuevo Mercurio* de París? Pues bien, Vargas Vila diserta á continuación sobre el modernismo y dice de él lo que dijimos una media docena de hispanoamericanos y españoles. Ha sido arrastrado por el «huracán plebiscitario, en esta hora electoral de la Belleza.» Lo que afirma es que el «Modernismo, no es una forma de Arte, es una tendencia.» Mediocridad que sostuvimos no pocos.

Dice asimismo: «El Misticismo, que como obsesión de la Idea Religiosa, es una marca de Degeneración Patológica, no puede existir en la sana y robusta Intelectualidad de este Poeta»... No discuto el primer concepto que procede de Nordau, como un reflejo lombrosiano, pero es de notar que Vargas Vila escribe á continuación, para terminar su prefacio: «Aun hay almas delicadas, que saben oír las divinas cosas en el seno del Silencio y del Recogimiento, y, levantar altares á la Belleza, en el templo de la Perfección Moral, donde se alza la Forma Majestuosa de lo Irrevelado.» Qué es esto, si no el trascendentalismo místico de Emerson, Carlyle y Maeterlinck?

En efecto, este prefacio de Vargas Vila revela un aspecto nuevo del escritor. La arrebatante corriente del trascendentalismo filosófico, si bien no lo ha hecho enteramente suyo, lo ha impulsado un tanto. Hay ya párrafos completos que lo revelan, pero desfigurados frecuentemente por una declamación y un falso orgullo que no sientan bien en un ahijado del misticismo trascendental.

ROBERTO BRENES MESÉN.

“LA PROTESTA”

DIARIO DE LA MAÑANA

PROPAGA LAS TEORÍAS ANARQUISTAS

Precios de subscripción

POR MES

CAPITAL FEDERAL	\$ 1.30
INTERIOR	> 1.30
EXTERIOR	oro > 0.85
NÚMERO SUELTO	> 0.05

Paquete de 100 ejemplares, libre de porte, \$ 3

Subscripción al Suplemento

TRIMESTRE: R. ARGENTINA	\$ 0.30
AÑO	> 1.—
TRIMESTRE: R. ORIENTAL... oro	> 0.15
DEMÁS PAÍSES ..	fr. 0.75
PAQ. DE 10 EJEMP. EN EL PAÍS...	\$ 0.80

No se atenderá ninguna subscripción si no viene acompañada de su importe

Redacción y Administración:

837: CALLE LIBERTAD: 839

UNIÓN TELEFÓNICA 2077, JUNCAL

BUENOS AIRES